

# Los Galgos

CAPITULO II

por Mario Baeza

El espectáculo que se ofrecía a los ojos del doctor Martínez Dumas era espantoso: una joven de piel pálida y larga cabellera rubia, yacía desnuda sobre una cama con dosel cuyas columnas se veían salpicadas de sangre. Su cabeza colgaba por uno de los costados del lecho hasta casi tocar el suelo y sólo algunos girones de sus ropas de dormir quedaban aún prendidos a su cuerpo.

Su gargante, como si un terrible ser de fuerza monstruosa se hubiese ensañado hundiéndole los dedos en la piel hasta perforarla, se veía completamente destrozada, y la sangre coagulada le manchaba el cuerpo, empapaba las sábanas y tintaba de rojo los muebles del dosel, el suelo y la alfombra. Una expresión de terror había quedado dibujada en sus pupilas azules, muy abiertas, y en su hermoso cuerpo de adolescente se apreciaban las moraduras seguramente producidas por un violento forcejeo o por golpes recibidos en el transcurso de unos instantes que debieron ser atroces.

El doctor, tras unos momentos de duda ante aquel espectáculo espeluznante, se aproximó al cuerpo de la joven, en cuyos miembros había comenzado a producirse los efectos del rigor mortis.

Una ventana de la alcoba permanecía abierta a pesar del fuerte vendaval, y aún así, un extraño olor indefinible, un olor que producía una inquietante desazón, imposible de comparar a ningún otro, inundaba la estancia.

Un perro galgo permanecía al lado de la cama, echado junto a la joven, y en su mirada sumisa se advertía una infinita desolación.

El doctor ordenó que lo dejaran solo en la habitación y luego cerró la puerta.

Unos veinte minutos más tarde aparecía de nuevo con el rostro ensombrecido por una expresión de honda preocupación.

— Vamos a hablar a solas en algún lugar tranquilo -le dijo al dueño de la finca.

Angel Bermúdez le hizo pasar a un saloncito íntimo, una especie de despacho isabelino con una pequeña biblioteca y un mueble que contenía diversos libros.

— Sírvame algo de beber, por favor. Necesito algún estimulante -dijo el doctor.

— ¿Le gusta el Burdeos?

— Sí, está bien.

Angel Bermúdez sirvió dos copas y se sentó en un sillón, frente al doctor, esperando que comenzase a hablar a la vez que le interrogaba con la mirada.

— Lo que tengo que comunicarle es muy penoso, como una pesadilla. Su hija ha sido estrangulada por un ser que yo no calificaría de humano... El destrozo terrible que ha producido en su garganta delata a un individuo brutal de fuerza extrahumana. Sus dedos se han hundido en la carne hasta penetrar al fondo de la garganta con una ferocidad inconcebible... No lo comprendo, no lo comprendo... Además...

— ¿Qué? -dijo Angel Bermúdez con expresión desenchajada.

— Su hija ha sido también violada por ese terrible ser.

El fornido terrateniente de cabellera grisácea, que hasta entonces había conseguido mantener la entereza de ánimo, pareció estremecerse de pronto, como si hubiese recibido un choque violento producido por una fuerza invisible; después se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar entrecortadamente, aquejado de una especie de estremecimientos.

— Dios mío, Dios mío... ¿Por qué? Ha vuelto, él ha vuelto...

— Cálmese, don Angel... ¿Qué dice? ¿De quién habla?

— No es nada - contestó el terrateniente mientras trataba de dominar los nervios -, no sé lo que me digo, no es nada...

— ¿Y ese olor? ¿Lo ha notado? -interrogó el médico.

— Sí, desde luego. Produce una angustia espantosa.

— Todo es muy extraño; presiento la presencia de algo monstruoso y demoníaco, uno de esos sucesos cuyo recuerdo estreme durante generaciones a una región... Bien hay que avisar a la policía.

— ¡No, por favor; eso no! - exclamó el terrateniente recobrando su fortaleza de ánimo, a la vez que se ponía en pie y se acercaba a una ventana sobre la que azotaba la lluvia con fuerza.

— Me parece, don Angel, que va a ser inevitable. Yo me veo obligado a dar parte de este suceso al juzgado y, una vez que lo haga, la policía se pondrá en movimiento. Se trata de un asesinato y, desgraciadamente, de un asesinato espantoso.

Angel Bermúdez permaneció en silencio, con la mirada absorta clavada en la oscuridad de la noche. Después, como quien vuelve a la realidad, murmuró:

— Sí, es inevitable; inevitable... Tal vez sea lo mejor.

Unos golpes discretos se escucharon en aquel momento sobre la puerta.

— Adelante -dijo Angel Mur.

La silueta de Laura, la gobernanta de Los Galgos, se recortó contra la luz del pasillo. Al penetrar más en el interior del saloncito y ser iluminada por la claridad del quinqué, el doctor no pudo reprimir esa mirada rápida cargada de interés que suscita la presencia de una mujer hermosa que llama la atención, sobre todo, por una excitante mezcla de sensualidad y perfidia intuída en la expresión de su rostro. Era alta, delgada, de formas armónicas y alargadas. En sus ojos oscuros se advertía la llama de una sensualidad controlada.

— He ordenado que enciendan la chimenea, don Angel. La noche comienza a ser muy fría.

— No hace falta, Laura; vamos a salir de aquí enseguida. Que nos dejen solos.

— Quizás venga más gente y deba recibirla aquí - insistió la gobernanta.

— No recibiremos a nadie. Ninguna persona debe saber lo que ha sucedido en esta casa hasta que yo no lo estime conveniente.

— Me temo - continuó Laura -, que alguno de los hortelanos ya lo habrá contactado en las fincas próximas.

— ¡Miserables idiotas! ¡Tendrán su castigo! Dije que nadie saliera de la casa - exclamó el terrateniente embargado de pronto por una súbita violencia que confundió al doctor.

— ¡Estúpidos hambrientos!... - Siguió el dueño de la casa, a la vez que, presa de una furia insospechada salía de la habitación y se alejaba por el pasillo dando voces terribles.

— ¡A ver, ¿quién falta de la casa?! ¿Dónde están los hortelanos? Laura y el doctor quedaron solos.

— Disculpe, señor Martínez; está muy nervioso, ya puede figurarse...

— Sí, lo entiendo perfectamente. Yo debo marcharme ya. Despídame de don Angel e indique, por favor, que me preparen un coche para regresar.

— Le está esperando...

Desde el saloncito hasta la puerta, el doctor y Laura no se encontraron con nadie. A lo lejos, en dependencias apartadas, se escuchaban aún las voces y juramentos de Angel Bermúdez. El mismo hombre con aspecto de árabe que le recibiera a su llegada, esperaba al doctor en la puerta, con un farol y un paraguas, para conducirlo hasta el coche.

Laura desde el porche de la entrada a la casa vio alejarse el carruaje hasta que se perdió en la negrura de aquella dramática noche. Una sonrisa extraña se dibujó en sus labios cuando esto sucedió; después penetró en la casa. Subió al primer piso. El silencio, de pronto, había inundado la casa con una extraña calma. Laura avanzó por el pasillo haciendo crujir el entarimado y penetró en una pequeña habitación del fondo. Se trataba de su alcoba, una estancia limpia y ordenada, con una cómoda grande y una mesita donde permanecía un candelabro con una sola vela. Se encerró con llave y sacó

una cerilla para encender la bujía. Después, con el candelabro en la mano, se acercó a la ventana. Descorrió la cortina que la cubría y miró hacia el horizonte tenebroso, en dirección a los Castillejos, invisibles ahora. Entonces, lentamente, comenzó a mover la vela de izquierda a derecha frente a los cristales, haciendo una señal a alguien que, cobijado en algún lugar de la llanura, aguardaba aquel momento.

(continuará)

**CAFE TABERNA**

**37**

**Montesa, 9  
CIUDAD REAL**

**Zinte** LAVANDERIA  
*Madrid*

**SERVICIO A DOMICILIO**

Teléfono 22 14 82

CIUDAD REAL

**SANYO**

**ELECTRODOMESTICOS  
RADIO Y T.V.**

*Ignacio Grande*

CALVARIO, 19 y 24

TELEFONO 51 10 85

**Tomelloso  
(Ciudad - Real)**